

**E**n esta, nuestra América Cristiana ¡caminamos! Sí, un signo de la vida de fe de nuestros pueblos latinoamericanos y del Caribe es la preparación que toda la Iglesia de este continente está realizando para celebrar la V Conferencia.

El lema: *Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.* (Jn, 14,6)

El servicio que presto a esta Iglesia que vive en Cuba me ha permitido tocar, quizás en su fase más íntima, todos los preparativos del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) con relación a al V Conferencia.

a la mente la lucha de Pedro en el mar de Galilea... “apártate de mí, que soy pecador” y la palabra de Jesús: “desde ahora serás pescador de hombres...”

Sin lugar a dudas, es vivir de aquel espíritu que nos une a Jesús y nos envía. Dar el paso de la conversión, de la comunicación fraterna y de un vigoroso despertar misionero.

#### **Huellas que dejó la preparación**

Primera: *Somos discípulos*, es una afirmación valiente cuando sabemos que lo somos porque le seguimos y seguir a Cristo implica que uno lo cambia todo, mejor lo “vende todo”, en expresión evangélica, con tal de comprar ese tesoro escondido

que constituye su seguimiento. (Mt. 13, 44-66)

Sólo Dios exige un seguimiento donde un **Todo** se relativiza hasta llegar a ser **Nada** por Él.

Ese venderlo todo nos arranca de nuestros egoísmos y orgullos para meternos en la dinámica de la conversión que es, en el fondo, lo que se va lentamente realizando en el *Discípulo que lo sigue*. Esa conversión rompe nuestras cárceles y nos conduce “a donde no queríamos” en el proceso del discipulado.

Responder, sí, porque todo depende de una respuesta que doy a la llamada que digo sentir. Escuchar sus palabras y ponerlas en práctica. Es aquel que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia a torrentes, so-

# V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe

Por MONS. JUAN DE DIOS HERNÁNDEZ, sj

Durante este tiempo: “Hemos tomado más conciencia de la fecundidad de la vida de las comunidades de la Iglesia, de sus debilidades y de los desafíos que a esta le plantean su propia realidad y la realidad actual de nuestros países y de nuestro tiempo. Queremos dar un paso más por el camino del encuentro con Jesucristo Vivo”. (Presentación del Documento de Participación)

A mí, personalmente, me resulta esperanzadora la disponibilidad de nuestra Iglesia para sentirse sujeto de conversión, pero también de una llamada que la impulsa a anunciar a Cristo Vivo en medio de nuestros pueblos.

La Iglesia supera la trampa de pensar que sus debilidades la incapacitan para el anuncio de Jesús. Viene



**Monseñor Juan de Dios Hernández, sj, obispo auxiliar de la arquidiócesis de La Habana y delegado de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba (COCC) ante el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM).**

pló el viento huracanado contra la casa, pero la casa “no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre la roca”. (Mt. 7, 22-25)

Sabemos que las llamadas de Jesús para hacernos discípulos se suceden unas detrás de las otras, con un itinerario y una dinámica difícilmente analizables con nuestros torpes instrumentos humanos. Sólo vamos comprobando que ellas son muchas, cada una más exigente que las anteriores y que provocan en nosotros crisis de crecimiento humano-cristiano.

La llamada y nuestra respuesta, si es afirmativa, nos colocan al interior del radicalismo evangélico, para salir de nosotros mismos y seguirlo a Él.

En esta llamada, es bueno acentuar **la realidad de la crisis** que pasa el discípulo de Jesús, porque es un indicador que, en cierta medida, me revelará la autenticidad del seguimiento, me irá diciendo el costo que estoy pagando por el valor que quiero adquirir, en este caso *seguir a Jesús*.

Acentúo la crisis porque nuestros tiempos no se caracterizan por pagar *costos de sí*: la dinámica del placer, del gusto, del 'me da la gana', lamentablemente están presentes, también las del 'todo el mundo lo hace'.

La crisis del seguimiento y discipulado cristiano, dramática o no, es precisamente la que nos prepara y nos conduce a una conversión más madura y decisiva.

Y así, entre crisis y arribo al valor, Jesús nos sigue llamando y nuestra fidelidad le sigue respondiendo.

Para ser discípulo se le sigue, pero para seguirlo hay que 'contemplantarlo'. La contemplación nos llevará a un conocimiento diferente al que podemos adquirir mediante los estudios bíblicos. La contemplación nos llevará a conocerlo con el corazón. Es ese conocimiento, de carácter *afectivo*, quien provocará *efectivamente*, nuestros cambios, es decir, nuestra conversión.

Seguir a Jesús como discípulo es amarlo, no investigarlo.

Hay que pedirle al Espíritu esa gracia. Como nos hablaba San Pablo: *...es una sabiduría escondida venida de Dios* (1 Co. 1, 30; Ef. 1, 9) y nos dice que le fue revelado el conocimiento de Dios (Ga. 1, 16).

Segunda: *Somos misioneros*, no hay palabra más plena, más clara y más fuerte que la de la Vida, y es que ahí radica la manera correcta y real de anunciar el Evangelio en la escuela de Jesús. Desde ahí se es misionero. Lo otro corre el riesgo de convertirse en un *activista o funcionario religioso*.

Y es que la vida se anuncia vi- viendo. En la escuela, en la que Je-

sús inicio y entrena en la misión a los discípulos, no hay *especialidades*: Jesús no introduce técnicas de predicación, de sanidad, de acción social, de expulsión de demonios, de dinámicas relacionales... No consta que las dispensara, pero ni las usó, ni las enseñó. Todo su quehacer, como Maestro de Misioneros, se concreta en hacer brotar de sus discípulos actitudes de vida. Para enseñar a vivir, que esa es su misión (y la nuestra), no basta teorizar acerca de la vida, hay que vivirla, darla vivida: *Ámense como yo..., hagan lo que me han visto hacer, estoy entre ustedes sirviendo, les he dado ejemplo para que ustedes hagan lo mismo* (Jn. 13...). En esto radica la "autoridad moral" de todas sus palabras, por lo que el pueblo le admiraba y le distinguía sustancialmente de los Maestros de la ley.

Ser misionero es trabajar con el lenguaje de la vida. Lenguaje, este de la vida, tanto más imprescindible cuanto mayor son las resistencias culturales y sociales que experimentamos en nuestra sociedad hacia el Evangelio.

Se necesita, entonces, un lenguaje de signos fuertes, que sólo saben hacerlo hombres y mujeres *amigos fuertes de Dios* (Santa Teresa)

*Esme gran lástima, porque -como digo-, conozco muchas almas que llegan hasta aquí, y que pasen de aquí como han de pasar, son tan pocas, que hace vergüenza decirlo. No digo que hay pocas, que muchas deben haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querrialas mucho avisar que miren nos escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, en especial en estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar a los flacos.* (Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, 15,5).

Y no hay signo más fuerte para confortar a los débiles que la vida. Con la vida, con los labios y con los hechos.

Para anunciar a Dios, en una sociedad *congelada*, no muerta (Marcos 6, 39; Juan 11,4) en su fe, de forma generalizada, hacen falta lenguajes, testimonios ardientes y apasionados, capaces de afrontar, desde su pasión por Dios, el martirio sin sangre del hielo de la indiferencia, el agnosticismo, la cristofobia, y todo estos no menos doloroso que el martirio violento, y que requiere un amor no menor.

Es la misión en el desierto. Precisamente en una realidad hostil, como la aludida, se añade un plan de exigencia en este reto de anunciar el Evangelio.

Nos vamos a encontrar en nuestra sociedad con hambre de Evangelio, lo cual ha de ser leído por el discípulo-misionero como un signo y una prueba de la enorme necesidad que nuestro mundo tiene de él.

Preparar los caminos de Dios es anunciarle de tal manera que sea fácilmente reconocido, que nuestros destinatarios no puedan resistirse a conocerlo, amarlo, servirlo.

Cuando se oye decir que la fe no tiene sentido, que es cuestionada, que está agotada en sí misma..., no es hora de mirar con despecho hacia fuera de nosotros mismos, a los que lo dicen, ni de ponernos bravos con ellos ni con nadie.

No es la fe que flaquea, sino los portadores de ella. A lo mejor la llevamos sin demasiada convicción y no como fuerza y energía de Dios (Efesios 3, 15).

Pienso que este nuevo aire desafiante que nos brinda la V Conferencia del Episcopado nos ayudará, todavía más, a sentirnos llamados a ser discípulos y misioneros del Señor para que nuestra sociedad tenga vida y la tenga abundante.

